

# ***Los encuentros de un caracol aventurero***

**Obra:**

**Autor: Federico García Lorca**

**Tipo de texto: Poético**

Hay dulzura infantil  
en la mañana quieta.  
Los árboles extienden  
sus brazos a la tierra.  
Un vaho tembloroso  
cubre las sementeras,  
y las arañas tienden  
sus caminos de seda  
-rayas al cristal limpio  
del aire-.  
En la alameda  
un manantial recita  
su canto entre las hierbas.  
Y el caracol, pacífico  
burgués de la vereda,  
ignorado y humilde,  
el paisaje contempla.  
La divina quietud  
de la Naturaleza  
le dio valor y fe,  
y olvidando las penas  
de su hogar, deseó  
ver el fin de la senda.

Echó a andar e internose  
en un bosque de yedras  
y de ortigas. En medio  
había dos ranas viejas  
que tomaban el sol,  
aburridas y enfermas.

"Esos cantos modernos  
-murmuraba una de ellas-  
son inútiles". "Todos,  
amiga -le contesta  
la otra rana, que estaba  
herida y casi ciega-.  
Cuando joven creía  
que si al fin Dios oyera  
nuestro canto, tendría

compasión. Y mi ciencia,  
pues ya he vivido mucho,  
hace que no lo crea.  
Yo ya no canto más..."

Las dos ranas se quejan  
pidiendo una limosna  
a una ranita nueva  
que pasa presumida  
apartando las hierbas.

Ante el bosque sombrío  
el caracol se aterra.  
Quiere gritar. No puede.  
Las ranas se le acercan.

"¿Es una mariposa?",  
dice la casi ciega.  
"Tiene dos cuernecitos  
-la otra rana contesta-.  
Es el caracol. ¿Vienes,  
caracol, de otras tierras?"

"Vengo de mi casa y quiero  
volverme muy pronto a ella".  
"Es un bicho muy cobarde  
-exclama la rana ciega-.  
¿No cantas nunca?" "No canto",  
dice el caracol. "¿Ni rezas?"  
"Tampoco: nunca aprendí".  
"¿Ni crees en la vida eterna?"  
"¿Qué es eso?"  
"Pues vivir siempre  
en el agua más serena,  
junto a una tierra florida  
que a un rico manjar sustenta".

"Cuando niño a mí me dijo  
un día mi pobre abuela  
que al morirme yo me iría  
sobre las hojas más tiernas  
de los árboles más altos".

"Una hereje era tu abuela.  
La verdad te la decimos  
nosotras. Creerás en ella",  
dicen las ranas furiosas.

"¿Por qué quise ver la senda?  
-gime el caracol-. Sí creo  
por siempre en la vida eterna  
que predicáis..."

Las ranas,  
muy pensativas, se alejan.  
y el caracol, asustado,  
se va perdiendo en la selva.

Las dos ranas mendigas  
como esfinges se quedan.  
Una de ellas pregunta:  
"¿Crees tú en la vida eterna?"  
"Yo no", dice muy triste  
la rana herida y ciega.  
"¿Por qué hemos dicho, entonces,  
al caracol que crea?"  
"Por qué... No sé por qué  
-dice la rana ciega-.  
Me lleno de emoción  
al sentir la firmeza  
con que llaman mis hijos  
a Dios desde la acequia..."

El pobre caracol  
vuelve atrás. Ya en la senda  
un silencio ondulado  
mana de la alameda.  
Con un grupo de hormigas  
encarnadas se encuentra.  
Van muy alborotadas,  
arrastrando tras ellas  
a otra hormiga que tiene  
tronchadas las antenas.  
El caracol exclama:  
"Hormiguitas, paciencia.  
¿Por qué así maltratáis  
a vuestra compañera?  
Contadme lo que ha hecho.  
Yo juzgaré en conciencia.  
Cuéntalo tú, hormiguita".

La hormiga, medio muerta,  
dice muy tristemente  
"Yo he visto las estrellas."

"¿Qué son las estrellas?", dicen  
las hormigas inquietas.

Y el caracol pregunta  
pensativo: "¿Estrellas?"  
"Sí -repite la hormiga-,  
he visto las estrellas,  
subí al árbol más alto  
que tiene la alameda  
y vi miles de ojos  
dentro de mis tinieblas".  
El caracol pregunta:  
"¿Pero qué son las estrellas?"  
"Son luces que llevamos  
sobre nuestra cabeza".  
"Nosotras no las vemos",  
las hormigas comentan.  
Y el caracol: "Mi vista  
sólo alcanza a las hierbas."

Las hormigas exclaman  
moviendo sus antenas:  
"Te mataremos; eres  
perezosa y perversa.  
El trabajo es tu ley."

"Yo he visto a las estrellas",  
dice la hormiga herida.  
Y el caracol sentencia:  
"Dejadla que se vaya.  
seguid vuestras faenas.  
Es fácil que muy pronto  
ya rendida se muera".

Por el aire dulzón  
ha cruzado una abeja.  
La hormiga, agonizando,  
huele la tarde inmensa,  
y dice: "Es la que viene  
a llevarme a una estrella".

Las demás hormiguitas  
huyen al verla muerta.

El caracol suspira  
y aturdido se aleja  
lleno de confusión  
por lo eterno. "La senda  
no tiene fin -exclama-.  
Acaso a las estrellas  
se llegue por aquí.

Pero mi gran torpeza  
me impedirá llegar.  
No hay que pensar en ellas".

Todo estaba brumoso  
de sol débil y niebla.  
Campanarios lejanos  
llaman gente a la iglesia,  
y el caracol, pacífico  
burgués de la vereda,  
aturdido e inquieto,  
el paisaje contempla.